

# Candidata a la corona: la infanta Carlota Joaquina en el laberinto de las revoluciones hispanoamericanas

## Entrevista a Marcela Ternavasio

Edición y revisión general  
EZEQUIEL BAROLIN

Carlota Joaquina es un personaje controversial en la historiografía latinoamericana, así como en los múltiples relatos, mitos, leyendas y novelas que de ella llegan hasta nuestros días. Como hija mayor del rey Carlos IV de España y esposa de João VI de Portugal, divisó en la crisis desatada en la península la posibilidad de erigirse como regente de la América hispana y disputar sus derechos sucesorios al trono. En una narración clara y atrapante, Marcela Ternavasio arroja luz sobre los planes, intrigas y peripecias en torno a los planes políticos de esta figura que ha sobrevivido a la historia como un ser extravagante, ambicioso, y de rasgos viriles, pero que claramente ha sido un actor central como alternativa válida en el contexto revolucionario, específicamente en el periodo abarcado en el libro entre 1808 y 1814.

331

Con el motivo de conocer más de esta intrigante historia que aporta a la renovación historiográfica latinoamericana en “los centenarios” de las revoluciones, nos acercamos a hablar con Marcela, quien con la humildad de los grandes intelectuales que cosecha nuestra América nos abrió las puertas de su casa sin reservas. Luego de varias anécdotas y risas, reproducimos -sólo en parte- lo que fue prácticamente una conversación de amigos. No nos hemos limitado al contenido del libro -que invitamos a leer animadamente - sino también al quehacer que rodeó su elaboración. Profundamente agradecidos por la amabilidad, humildad y predisposición de Marcela.

**P. La pregunta básica para empezar es ¿por qué decidió escribir este libro y cuál fue el elemento movilizador? Porque, además, tengo entendido que una de sus hijas se llama Joaquina e imagino que no es una simple casualidad.**

**R.** Muchos creen que no es una simple casualidad. Sin embargo, cuando Joaquina nació (hoy ya tiene dieciocho años) no tenía previsto investigar sobre el personaje de Carlota Joaquina. En este sentido recuerdo una anécdota. Cuando se hicieron las Jornadas Interescuelas en Neuquén hacía poco que había nacido Joaquina. Allí me encontré con Tulio Halperin Donghi, que había estado cenando aquí en

casa durante mi embarazo, y me preguntó qué nombre le había puesto a mi bebé. Recuerdo su exclamación ante mi respuesta: “¡como la infanta!”. En realidad, el personaje siempre me resultó inquietante, pero en aquella época no tenía intenciones de indagar en torno a las trayectorias de su figura. Te diría que Carlota se impuso gradualmente, mientras hacía otras investigaciones sobre otros temas. Me la iba encontrando en los archivos y yo recogía esos materiales sin saber que haría con ellos.

**P. Es una figura muy interesante en la historia latinoamericana, y controversial...**

R. Efectivamente. Sobre ella hay muchas “leyendas negras” y Carlota Joaquina se encargó, sin dudas, de alimentar esas leyendas. Lo cierto es que cuando todos esos fragmentos que iba recuperando en los archivos fueron tomando forma, en algún momento se me hizo el *click*. Supongo que esto se produjo cuando me pidieron específicamente que hablara sobre la crisis de 1808 en un encuentro que se realizó en México. A partir de allí intenté trabajar en torno a la figura de Carlota a escala transatlántica, y especialmente ibérica, ya que es un instrumento formidable para recuperar el cruce de escenarios y momentos. Fui así recuperando los materiales, volví a recorrer varios de los archivos que ya había recorrido, y visité otros que me quedaban pendientes, para lanzarme directamente a escribir un libro. Me resultaba difícil pensar que podía contar esa historia de a retazos, en distintos artículos.

**P. Un libro muy ágil a la lectura. No necesariamente destinado a un historiador o especialista...**

R. Fue un libro que me gustó mucho escribir y que traté de encontrarle el tono...

**P....sin dejar de ser erudito, porque esa es otra de las características que tiene: un registro de fuentes impresionante, y una relectura de cada epístola, de cada material encontrado y reencontrado; un trabajo de historiador y que no por eso deja de ser sumamente atractivo...**

R....busqué ese tono, y además es una historia que merece una narración, un relato donde el lector se sienta atrapado por los viajes de la infanta, por sus trayectorias, sus planes, sus fracasos...

**P. Si bien la obra arroja luces sobre temas pocos trabajados: ¿Cuál sería según su perspectiva, los aportes más significativos?**

R. Desde el punto de vista metodológico, yo diría que me dio la posibilidad de cruzar dos géneros. Por un lado el género biográfico, sin que este libro sea una biografía, y por otro lo que hoy se da llamar historia transnacionales, globales, conectadas o cruzadas, donde el juego de escalas constituye un punto fundamental para observar las alternativas que se abren en un proceso histórico. Muchas de esas alternativas, como las que encarnó Carlota, se vieron frustradas y por

ello se les prestó menos atención. Sin embargo, iluminan las opciones que a partir de 1808 se abren en un contexto peculiar como el de las crisis de las dos monarquías ibéricas. Desde el punto de vista historiográfico, la apuesta es mostrar el choque entre dos mundos. Un mundo que se regía, todavía, bajo la lógica dinástica del Antiguo Régimen, y el que emerge con las revoluciones y la soberanía popular. Carlota Joaquina está a caballo entre esos dos mundos. En ese contexto, su trayectoria ilumina las proyecciones que los distintos actores hicieron a través de sus planes: desde los ilustrados rioplatenses que ven en la posibilidad de una regencia americana encarnada por la infanta la alternativa de una reforma de la monarquía hasta aquéllos que la ven como un mal menor para evitar las revoluciones en América. Carlota recibe, además, adhesiones de los sectores más conservadores y absolutistas de la península porque proyectan en ella la opción de recuperar la unidad monárquica y evitar la vía constitucional que es la que efectivamente termina concretándose en las Cortes de Cádiz. En fin, Carlota Joaquina puede iluminar distintas tramas, alianzas, planes y alternativas que una historia moldeada sobre la matriz del Estado-Nación excluye.

**P. Sacar la máscara de Fernando VII -como dice en algún momento- donde no se ve lo que está por detrás de la máscara que son todas estas alternativas que en el libro se están iluminando...**

R. La idea de la máscara fue lo que permitió que las historias patrióticas presentaran todas estas alternativas de carácter monárquico como una suerte de velo que lo único que hacía era retrasar aquello que se suponía estaba inscripto en la naturaleza misma de las cosas; a saber, que los imperios y las monarquías estaban destinados a morir y las revoluciones destinadas a crear Estados nacionales de nuevo tipo. Esa perspectiva teleológica se desarma cuando miramos los cursos de acción que están en juego.

**P. En este sentido: ¿qué piensa de la consideración del Carlotismo como un fracaso? ¿o más bien, considera que estas marchas y contramarchas incidieron en lo que luego conocemos que pasó en América Latina y sobre todo en Sudamérica?**

R. Soy reacia a interpretar la historia en clave de éxito o fracaso porque ambos dependen de la perspectiva que los actores tengan respecto de sus expectativas y cursos de acción y de la que los historiadores les asignamos *ex post*, conociendo el desenlace final. El riesgo es quedar atrapados en perspectivas presentistas o muy atadas a los actores. Ahora bien, si consideramos que estamos ante alternativas fracasadas en el sentido de que no se concretaron, lo interesante es sacar provecho de ello y explorar cómo incidieron en el proceso global y en las cambiantes correlaciones de fuerzas que se fueron creando a nivel trasatlántico. Por ejemplo, lo que ocurre con el debate de la ley Sálica es muy ilustrativo. Los laberintos de esa normativa impuesta con la llegada de los Borbones, abolida en secreto en las Cortes de 1789, recuperada en la crisis de 1808, debatida y aboli-

da en la Constitución de 1812, exhibe el papel central que tuvo la princesa en las disputas suscitadas entre los diferentes partidos de la península. Desde su residencia carioca, la infanta buscaba posicionarse ya sea como regente de América, luego de toda la monarquía, mientras intentaba ver reconocidos sus derechos legítimos a la sucesión de la Corona. Todo esto lo hizo a través de sus operadores y agentes a ambos lados del Atlántico, y sobre todo a través del género epistolar que está muy presente en mi libro.

**P. Más allá de las discusiones que efectivamente se realizaban en América, una pregunta que se suele repetir es si: ¿era posible una monarquía en América después de las revoluciones?**

R. Si nos ubicamos en el momento revolucionario, cuando estaban en discusión los futuros rumbos, la forma republicana de gobierno era la excepción. El único caso republicano existente y exitoso era el de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero también es cierto que la noción de república fue estructurante de la monarquía plural hispana porque se identificaba con el gobierno de las ciudades como un centro de convivencia social y política destinada a autogobernarse. Las nuevas tendencias historiográficas están mostrando que la idea de monarquía y república para principios del siglo XIX no son necesariamente dos formas antagónicas o antinómicas de pensar una organización política. De lo que se trata es de precisar en cada momento y espacio cuáles opciones y tipos de repúblicas y monarquías están en debate y explicar por qué Hispanoamérica se convirtió en un gran laboratorio de experimentación republicana que, durante un período, convivió con alternativas de monarquía constitucional. Una vía diferente a la que siguió Brasil, después del traslado de la Corte de Braganza a Río de Janeiro en 1808. En este sentido, la renovación historiográfica brasileña postula que la decisión de que Brasil siga la línea monárquica constitucional fue una alternativa entre otras y que no estaba destinada necesariamente a seguir ese camino. En el caso hispanoamericano, la alternativa por la república se vincula, en gran parte, con los derrotados de la guerra que contribuyeron a desacralizar la figura del rey. La guerra se inicia como una guerra civil donde todos disputaban el nombre del rey cautivo, y es el regreso del rey en 1814, y su decisión de reprimir las insurrecciones, lo que convierte al rey en sinónimo de despotismo y guerra fratricida.

**P. ¿Cómo se transforman los estudios latinoamericanos en general, a partir de la coyuntura de las conmemoraciones de las independencias latinoamericanas? ¿Qué nuevas interpretaciones existen y como se transforman las mismas problemáticas y respuestas a esas mismas preguntas?**

R. Creo que dentro de esas transformaciones, la más importante ha sido salir del *closet* del Estado-nación, romper con las historias patrióticas, ya sea de signo liberal, conservador, populista, revisionista, etc. Esto permitió observar la emergencia de nuevas y muy cambiantes unidades soberanas y las zonas grises que presentan. Esta renovación se hizo muy visible en los encuentros académicos

ocurridos en estos bicentenarios, porque hacía ya dos décadas al menos que venía promoviéndose en los diferentes países de la región, alimentada por las renovaciones de otras historiografías, como la francesa.

**P. De hecho, hay un artículo suyo, un discurso más bien, en donde resume los aportes y los beneficios de los encuentros, muy interesante para tener en cuenta...**

R. La frecuencia que tuvimos en esos “encuentros bicentenarios” desde el 2008 y que hoy continúan permitió un debate “presencial” que siempre es muy enriquecedor.

**P. Para ir terminando me gustaría que me puedas dar tu opinión de acuerdo al marco en el que se te encasilla, que es el de la historia política, y que sinceramente para mí no es historia política precisamente, sino historia interregional diría Heredia, o propiamente historia de las relaciones internacionales; tanto por el marco que usas, el cómo del uso de las fuentes, por lo procesual, etc... ¿Cómo encasillarías propiamente en este libro?**

R. Esta obra cabalga entre una historia política que analiza las intrincadas relaciones de poder, y una historia de las relaciones internacionales en un momento en que el campo de la política y el campo de la diplomacia están en plena transformación. En ese entrelazamiento me interesó detenerme en los cursos de acción transatlánticos y en los mecanismos en los que anclaron.

**P. Yo noto, y lo noto bastante, que existe cierto desprecio de la historia social hacia la historia política. ¿Por qué piensas que existe este desprecio o esta subvaloración?**

R. Me parece que allí hay varias cuestiones. Por un lado un cierto piso ideológico a partir del cual se valoran los campos o disciplinas de estudio. También hay un prejuicio al considerar a la historia política como una historia “desde arriba” que no contempla las así llamadas historias “desde abajo”. Esto es recrear los pisos de estructuras y superestructuras que creíamos perimidos. Pero también hay una disputa entre sub-campos disciplinares dentro de la historia que, como en toda disciplina, están marcados por climas de época que a veces colocan en la cresta de la ola a algunos de ellos en detrimento de otros. Lo que se ha dado en llamar “nueva historia política” en los años noventa a nivel internacional, en gran parte desplazó el protagonismo que había sabido tener la historia social y la historia económica. Sin embargo, lo que observo actualmente es una polifonía de saberes, voces y enfoques que por fortuna enriquecen los debates sin que haya paradigmas hegemónicos que tracen fronteras.

**P. Desde su punto de vista: ¿la historia regional e internacional llega a superar esta historia política, aportando elementos enriquecedores, nuevos; o la histo-**

**ria política se mantiene dentro de este campo donde se puede hablar de historia política en sí, y nada más?**

**R.** Lo que sucede es que hay muchas historias políticas. Su propia definición es lo suficientemente amplia como para alojar perspectivas tradicionales, innovadoras, regionales, globales, y un largo etcétera. Si tuviese que indicar en este momento algunos de los problemas que detecto en esta suerte de auge de la historia política en las últimas dos décadas es, en muchos casos, el regreso a una historia demasiado atada a la descripción documental sin un anclaje interpretativo innovador, una historia que está demasiado concentrada en los estudios de casos sin inscribir los problemas en enfoques más olímpicos. La creciente “especialización” entierra muchas veces la curiosidad por leer lo que se produce en otros campos, no sólo de la disciplina histórica sino de otras. No obstante, el avance en el conocimiento de realidades hasta el momento inexploradas y la inquietud por renovar las preguntas permiten ser optimistas.